



# Diplomacia de Cumbres

## Vuelta a Cádiz.

### Consideraciones a propósito de la futura cumbre Iberoamericana y del Bicentenario de la Constitución de Cádiz

María Salvadora Ortiz <sup>1</sup>

De vez en cuándo, escuchamos inquietudes acerca de si el proceso de las Cumbres Iberoamericanas tocó su fin y dio todo de sí. Es probable que esta inquietud se origine en la repercusión mediática que, cada tanto, obtiene la ausencia de algún Jefe de Estado o de Gobierno a una cita particular.

Para responder a esta inquietud, lo primero que debemos recordar es que las relaciones Iberoamericanas no se reducen, ni de lejos, a las Cumbres de jefes de Estado y de Gobierno, y que más allá de sus múltiples canales informales y no institucionalizados, se traducen en más de una treintena de proyectos que abarcan los campos económico, social y cultural.

Es verdad que el objetivo primordial de las cumbres es brindar una plataforma institucional a las ricas y dinámicas relaciones económicas, culturales y humanas entre América Latina y la Península Ibérica. Han pasado 21 años desde la primera

Cumbre celebrada en Guadalajara, y desde entonces hemos celebrado igual número de cumbres. A la última, realizada en Paraguay, acudieron nada menos que 18 Presidentes o Vicepresidentes y 6 cancilleres. La cifra revela, por sí misma, que los gobiernos de la región siguen concediendo la mayor importancia política a este foro.

Puntualizado lo anterior, es preciso agregar, que este es un momento oportuno para repensar y replantear las relaciones Iberoamericanas, incluyendo el foro de las cumbres anuales. Evidentemente el mundo es hoy muy distinto de lo que era en 1991.

Lejos están los autoritarismos de los que entonces buena parte de la región apenas venía saliendo; lejos también la prolongada crisis de la década de los 80, que sumió a América Latina en la recesión y aumentó los niveles de pobreza, volviendo más dramáticos los de por sí enormes rezagos so-



1 Directora División Relaciones Externas de la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB).

ciales de la región. Las economías latinoamericanas son hoy considerablemente más fuertes y menos vulnerables a los choques externos. Por el contrario, España vivía entonces años de continuo y acelerado crecimiento que la llevaron a realizar ingentes inversiones en la orilla americana del Atlántico. Parte de aquel bienestar se tradujo en una creciente cooperación económica, científica y cultural en la región; e inevitablemente el crecimiento español, y una política que todavía no era refractaria a los flujos migratorios, terminó por atraer crecientes contingentes de latinoamericanos de diversas nacionalidades.

Hoy por hoy, América Latina constituye la única región emergente del hemisferio occidental; en ella está la sexta economía del mundo, Brasil. La región ha sorteado con razonable éxito la tormenta financiera internacional y exhibe tasas de crecimiento muy superiores a la media de los países desarrollados, aunque su ingreso per-cápita continúa siendo muy inferior al de aquellos.

Aunque mucho más lentos de lo que deseáramos, la región ha realizado progresos sociales significativos, especialmente en el terreno del combate a la pobreza y de la disminución de la desigualdad. Para muestra un botón: más de la mitad de la población latinoamericana pertenece hoy a las clases medias emergentes. Esto, sin duda, tiene hondas implicaciones para la cohesión social de la región.

Iberoamérica es una comunidad de lenguas, de identidades y de valores más cohesionada que otros espacios internacionales. Aunque nuestros vínculos históricos y culturales son tan sólidos como hace veinte años, el nuevo escenario planetario nos obliga a repensar y redefinir las relaciones Iberoamericanas y, en este marco, la función de las Cumbres. Ciertamente, los intereses de ambas márgenes del Atlántico han cambiado, y debemos abocarnos a construir una nueva matriz de relaciones a partir de esta realidad.

El punto de partida debe ser una reflexión profunda y honesta acerca de lo que pueden ofrecerse, recíprocamente, América y la Península Ibérica.

La respuesta evidente es que podemos ofrecernos mucho.

Inversiones, para empezar; aunque, a diferencia de entonces, hoy los flujos de capital fluyan en ambas direcciones. Podemos pensar también en asociaciones empresariales audaces e inteligentes, para aventurarnos juntos en mercados nuevos, más allá de las mismas fronteras iberoamericanas.

El persistente déficit latinoamericano en materia de infraestructura continúa siendo una oportunidad para las empresas españolas y portuguesas... pero ahora en asociación con los pujantes mercados de capital de la región latinoamericana.

Las pequeñas y medianas empresas son una parte fundamental del tejido empresarial de latinoamericano, pero su productividad es preocupantemente baja. Crear nuevas cadenas de valor entre empresas grandes y pequeñas constituye un reto y ofrece una oportunidad a los empresarios de las dos orillas.

Es imperativo compartir lecciones aprendidas y sacar el mayor provecho de lo que hemos vivido a uno y otro lado del Atlántico. Europa puede aprender de lo que se hizo bien, de lo que se hizo mal y de lo que se hizo regular en América Latina durante las crisis económicas y financieras que golpearon su economía en las décadas de los años ochenta y noventa. En contraposición, América Latina puede y debe aprender de lo que se hizo bien, de lo que se hizo mal y de lo que se hizo regular en los años en que el crecimiento y la bonanza sonrieron a España. Esto es válido en políticas de competitividad, desarrollo social y Estado de bienestar, entre otras.

Por su parte, España y Portugal superaron el autoritarismo y cimentaron sólidas democracias, transitaron con éxito el difícil

camino de la autarquía a la apertura económica y del centralismo a la descentralización. Pese a las dificultades que hoy enfrenta, la Unión Europea sigue siendo un ejemplo de integración, cohesión social y búsqueda de bienestar; España y Portugal tienen a su haber estas experiencias y pueden compartirlas con las naciones latinoamericanas.

Las recurrentes crisis de inflación y estancamiento de América Latina dieron paso a un nuevo y promisorio momento de estabilidad y crecimiento, debido, entre otras razones, a la buena conducción de sus políticas macroeconómicas, a la excepcional dotación de recursos naturales, a la mayor calidad de sus recursos humanos y a los mejores precios de sus materias primas. Hoy, es el mundo desarrollado el que sufre la crisis, y América Latina necesariamente es parte de la solución.

Más allá de lo económico, Iberoamérica es hoy más consciente que hace dos décadas de la riqueza inherente a su diversidad cultural: es una comunidad respetuosa de sus diversidades, orgullosa del mestizaje de sus tres componentes: pueblos originarios, poblaciones europeas y Afrodescendientes.

En algo más de dos décadas, el espacio Iberoamericano ha dado pasos firmes para consolidar su democracia, perfeccionar la vigencia de los derechos humanos y asegurar el imperio de la Ley. Desde luego, no todo está hecho; aunque los avances en estos campos son incuestionables, debemos continuar construyendo la paz, fomentando el diálogo político y fortaleciendo la cooperación.

En vísperas de la Cumbre Iberoamericana que celebraremos en Cádiz en noviembre próximo, debemos preguntarnos qué debatiremos allá, sobre qué ejes transitará nuestra reflexión. Además de conmemorar la Constitución liberal que inspirara a iberoamericanos de las dos orillas en sus afanes de independencia y de libertad, ¿cuál es el sentido y la finalidad del diálogo al que hemos convocado?

Aunque las circunstancias de entonces y de hoy son profundamente diferentes, tienen en común el que se trata de épocas de cambios profundos y en muchos sentidos dramáticos.

Por ello, Cádiz constituye la ocasión propicia para reflexionar sobre las relaciones entre las dos márgenes del Atlántico. En un cambio de época como el que vivimos, ¿cómo proyectar nuestros vínculos y nuestros valores para las próximas décadas? ¿Qué podemos ofrecernos mutuamente desde una relación de igualdad?

Respetuosa de las diferencias pero fiel a sus principios fundamentales, la Cumbre de Cádiz permitirá a la Comunidad Iberoamericana seguir haciendo del diálogo político y de sus múltiples proyectos de cooperación económica, social y cultural, una tarea permanente y mejorable. En lo social, tenemos una agenda pendiente con el 30 por ciento de la población iberoamericana de origen afrodescendiente; en lo económico, la reforma fiscal y la distribución de la riqueza son temas ineludibles. Y, desde luego, la violencia, la inseguridad ciudadana y el crimen organizado son otro gran pendiente que exige de diálogo y concertación institucional.

Ante el escenario de constantes cambios en el mundo y en la región, nos corresponde renovarnos y explorar nuevos frentes de cooperación en los ámbitos de las inversiones, de las infraestructuras, de las alianzas empresariales, de la asociación público-privada, de la formación y circulación de nuestros recursos humanos, de la cooperación tecnológica y de la innovación.

Más allá de las grandes empresas multiberoamericanas, está el vasto campo de las pequeñas y medianas empresas que merece ser explorado. Y junto a la cooperación económica, renovar esfuerzos en las múltiples áreas de la cooperación social y cultural es un campo fecundo.

Nuevos procesos de integración regional tienen lugar en América Latina. Tenemos

que articular este rico dinamismo con las políticas de la Comunidad Iberoamericana, a fin de sacar el máximo provecho del potencial de nuestros mercados internos para el comercio, la inversión, y el acceso conjunto a los mercados internacionales.

Pero más allá de lo puramente comercial y económico, hay un factor de especial importancia que requiere nuestra consideración. La cultura iberoamericana, en sus dos lenguas principales y sus múltiples expresiones regionales y nacionales, goza de un enorme vigor y de un creciente prestigio internacional. Como bien dice la Carta Cultural Iberoamericana, “[l]a diversidad cultural iberoamericana no es una simple suma de culturas diferentes. Por el contrario, es el conjunto de pueblos iberoamericanos el que se manifiesta ante el mundo como un sistema cultural integrado, caracterizado por una dinámica entre unidades y diferencias, lo que constituye un poderoso inductor de la capacidad creativa”.

Fortalecer procesos de cooperación económica y social sobre la base de una cultura común y de lenguas compartidas, es un enorme privilegio –y si se quiere, también una ventaja comparativa– con que contamos y a la que podemos recurrir en una época de cambios como la que vivimos.

Dos siglos atrás, las dos orillas del Océano participaron de un proceso inédito que culminó con la promulgación de la primera constitución liberal del mundo. Aunque quizás no sea evidente para muchos, las Cumbres Iberoamericanas y la cooperación económica, social y cultural derivada de ellas, es tributaria y forma parte de aquél mismo impulso. En Cádiz tendremos la oportunidad de seguir construyendo el espacio iberoamericano; un espacio que puede contribuir decisivamente a que nuestras naciones y nuestros pueblos ingresen con buen suceso a la nueva época que se abre en el planeta.



FLACSO Secretaría General  
Tel. 506+2253-0082 / Fax. 506+2234-6696  
Apdo. Postal 5429-1000 San José, Costa Rica  
flacsosg@flacso.org

[www.flacso.org](http://www.flacso.org)